Simoneta, con el corazon oprimido y la mano temblorosa, acariciaba á las dos hermosas vacas la Negra y la Roja.

—Vamos, vamos, dijo Juanillo, que crecia en importancia y tenia ya voto en el consejo, volveremos, maese Simon; volveremos, señora Francisca. Simoneta, amiga mia, encontraremos á la Roja y á la Negra. Pero pongámonos en marcha antes de que comience la caza, pues de lo contrario podria suceder que nos quedáramos en el camino.

Esta palabra llamó la atencion de todos. Julian se abalanzó detrás de la puerta de la sala que servia de establo. Llamó cariñosamente á Juanillo, su nuevo hermano, y ambos volvieron muy luego con tres ballestas y tres espadas; las cestas de las mujeres se llenaron poniendo en ellas cuantas provisiones habia en la granja.

¡Qué aspecto tenia Juanillo con su grande espada ceñida y su ballesta al hombro!

Por instinto buscaba en el ángulo de su labio alguna cosa que retorcer. Verdad es que nada encontraba, pues ni siquiera le asomaba el bozo.

Cuando todo estuvo corriente, Julian quitó las trancas de la puerta.

Aquello era verdaderamente una caravana que se ponia en marcha.

El padre, la madre, Reina, Julian, Simoneta y Juanillo, equipado como todo un hombre de guerra. De seguro que tardaron un cuarto de hora en dar vueltas para no olvidar cosa alguna.

Luego Simon dijo con voz sonora:

—¡Marchemos!

Pero el anciano tenia los ojos arrasados en llanto.

En cuanto á Francisca la labradora hubo que sacarla por fuerza; estaba arrodillada delante del crucifico de madera que habia sobre la cama, y decia:

—¡Un minuto mas para que acabe mi oracion!

No parecia sino que la llevaban al suplicio, y Juanillo no habia hecho tantos aspavientos para ir al manzano.

Por fin salieron todos; Simon cerró la puerta y confió su casa á la custodia de Dios.

Las reses estaban en la dehesa.

La caravana se puso en marcha.

Juanillo formaba la vanguardia, como era muy justo. En seguida iban las tres mujeres. Simon y Julian cerraban la retaguardia.

Al dar vuelta al primer recodo del camino, Juanillo conoció junto á un seto la sombra larga y deforme de maese Vicente.

Se echó rápidamente la ballesta á la cara; pero el normando saltó por encima del seto y huyó gritando:

—¡Buen viaje!

V.

Dos primos.

Maese Vicente Gueffes era un normando que no tenia preocupaciones ni debilidades de ningun género. Su desgracia consistia en vivir en aquellos tiempos tenebrosos en que valian mas los hombros anchos y fuertes que la filosofía.

En nuestro siglo deslumbrador, maese Gueffes habria prosperado.

Maese Vicente Gueffes contó á nuestros nocturnos viajeros.

Eran seis.

Vicente Gueffes no creia en la Hada de las playas. Sabia perfectamente el nombre de la supuesta hada.

La guardaba mortal rencor por haber salvado al pescador de mariscos Juanillo.

Guardaba rencor al viejo Simon le Priol, que le habia prohibido la entrada en su casa.

Se sentia dispuesto á hacer daño.

De un salto llegó al pié del castillo de San Juan, en donde se habian instalado los soldados, y pidió que le introdujesen hasta donde se hallaba el caballero Meloir.

El caballero acababa de regresar á su cuartel general, despues de haber recorrido los pueblos inmediatos para publicar el edicto ducal.

Estaba cansado y de mal humor.

Para distraerle, Belissan, el montero, soltaba los lebreles delante de él en el patio del castillo.

—¡Oh! ¡Tarot! ¡Noirot!..... ¡ála! ¡Rangeat! ¡ála!..... ¡Buen Dios! ¡ved al Nantés que patas tiene! ¡y Pivois! ¡y Ardois!.....

—Pero, ¿y ese perro grande y negro? preguntó el caballero señalando á un lebrel enorme y magnífico que estaba echado en otro sitio.

—Es un animal hermoso, señor, contestó Belissan.

—Pero perezoso y cobarde, segun creo. ¿Cómo le llamas?

—Se lo he comprado á un villano que le llevada sujeto de cuello, y no sabia su nombre. Algo hay grabado en su collar, pero lléveme el diablo si sé leer.

—Se llamará Reynot, por amor á la dama de mis pensamientos, dijo Meloir.

—Corriente. ¡Reynot! ¡aquí, Reynot! ¡aquí, perro!

El lebrel negro, echado en el suelo con las dos patas de delante cruzadas, se mantenia en una inmovilidad soberbia.

Belissan hizo sonar el látigo.

El galgo se levantó, se estiró, bostezó y lanzó un aullido quejumbroso, alargando el cuello.

—¿Es eso cuánto sabe hacer? preguntó Meloir en tono de desprecio.

En aquel momento, el Griego y Pivois, que eran los dos mas valientes de la jauría, se aproximaron á su nuevo compañero para conocerle.

Entre los perros, la manera de conocerse es darse una dentellada. Hubo gruñidos por ambas partes. Pivois y el Griego quisieron morder. El galgo negro saltó dos veces, y el Griego y Pivois rodaron aullando por el piso del patio.

—¡Bueno! ¡basta! ¡Reynot! ¡hijo mio! gritó Meloir gozoso. Es un buen compañero. Belissan, esta noche misma le vamos á poner á trabajar..... ¡Ea! cenemos pronto y en marcha. ¿Eres tú otra vez? repuso al ver que le traian á maese Vicente Gueffes.

—Si señor, yo soy.

—¿Y qué quieres?

—Deciros que vais á poneros en marcha al instante, salvo que ceneis despues.

—Explícate.

Gueffes no deseaba otra cosa.

Refirió la fuga de los viajeros y pronunció el nombre de Reina.

Meloir no le dejó concluir.

—¿Qué camino han tomado? preguntó.

—El de Normandía, mi querido señor.

—¡A caballo! ¡señores, á caballo! gritó Meloir; si llegamos antes que ellos al Couesnon, la hija del traidor Maurever será nuestra.

La cena estaba casi cocida.

Hombres de armas y arqueros se pusieron en movimiento con visible pesar.

Meloir dejó en el castillo la mitad de su tropa á las órdenes de Morgan.

Por supuesto que Gueffes no habia referido á Meloir la historia de Juanillo ahorcado del manzano.

Estos eran pormenores de harto escasa importancia.

Se pusieron en marcha. La jauría iba delante de los caballos, y el galgo negro iba delante de la jauría.

En el castillo quedaron Conan, el heraldo, Morgan, y ocho ó diez soldados. Conan suspiró y se durmió. Morgan hizo lo propio.

Maese Gueffes dijo á los soldados:

— Hay sidra, vino é hipocrás en la alquería del viejo Simon le Priol.

Los soldados bajaron silenciosamente por la falda de la colina.

Echaron abajo la puerta de la casa de Simon le Priol y se pusieron á hacer una orgía.

No daremos pormenores de lo que pasó en aquel sitio entre Gueffes y los soldados ébrios. Pero cuando nuestros fugitivos, que habian caminado por las tierras hasta mas allá de Arderon, para evitar toda persecucion, bajaron á la aldea de Rive y entraron en la playa, Juanillo se detuvo de improviso. Su mano extendida señaló la costa de Bretaña en direccion de San Jorge.

Se veia un gran resplandor entre los árboles.

Los Priol y Reina se volvieron.

Reina lanzó un grito y preguntó:

—¿Qué es eso?

El viejo Priol se santiguó, balbuceando:

—¡Dios nos asista! ¡es la aldea de San Juan!

Francisca se vió obligada á sentarse en la arena. La faltaban los ánimos.

—¡Mujer! dijo Simon, la casa de mi padre está ardiendo. Nada tenemos ya en la tierra, pero hemos cumplido nuestro deber.

Los dedos de Julian se crisparon en torno de la madera de su ballesta.

Los fugitivos permanecieron allí cinco minutos, y luego Juanillo dijo:

—¡Adelante!

Volvieron la espalda al incendio y se dirigieron hácia Tombelene.

El viejo Simon no se equivocaba.

En la aldea de San Juan era donde efectivamente estaba el incendio, y su casa era la que ardia; solo que tambien ardian otras además de la suya.

Maese Vicente Gueffes no hacia las cosas á medias.

. . . . . .

Durante toda la noche Aubry trabajó lo mejor que pudo. Habia trabajado durante la noche anterior y durante todo el dia.

La lima era buena, y Aubry adelantaba mucho.

A no ser por la postura intolerable en que se veia obligado á estar limando con una mano y sosteniéndose con la otra en la tronera, habria concluido muy pronto la tarea.

Pero á cada instante se soltaban sus dedos cansados, y caia en el fondo del calabozo sudando á chorros, cansado y jadeante.

Para recobrar su energía le era preciso evocar la imágen de Reina.

Pero tambien, ¡qué nuevo valor sentia tan luego como aquel nombre querido salia de sus labios!

La veia. Estaba allí sosteniéndole y animándole, y la oia decir:

—Necesitamos vuestro brazo, Aubry, para defendernos contra nuestros perseguidores.

Fué aquella una noche de febril impaciencia, durante la cual mas de una ilusion extravagante visitó la soledad del cautivo.

Hácia la madrugada vió la mas singular de todas en medio de su trabajo. Ocurria lo que habia previsto la víspera en su conversacion con Reina. Creia oir los lejanos ladrillos de una jauría que iba cazando por la playa.

Sin duda era una ilusion; y sin embargo, cada vez que el viento soplaba de aquella parte, llevaba mas claros los ladridos. Y una vez, entre otras, creyó reconocer Aubry el ladrido de maese Loys, su hermoso galgo.

La fiebre produce errores singulares, como este.

Aubry volvió á coger la lima y trabajó de nuevo. La barra de hierro estaba casi cortada.

Sin embargo, aun se sostenia. Amaneció, y Aubry se echó sobre la paja y quiso disfrutar un momento de sueño.

Apenas se hubo dormido, cuando el ruido de la llave de fray Bruno girando en la cerradura le despertó sobresaltado. Sin embargo, fray Bruno habia ido ya á hacer su ronda y á contar sus historias. ¿Iba á contraer la costumbre de hacer dos rondas cada noche, y de contar dos historias?

¿O bien el trabajo nocturno de Aubry habia despertado sospechas?

Antes de que hubiese tenido tiempo para contestar él mismo á estas preguntas, sucedió al ruido de los cerrojos el de un paso fuerte y un sonido de hierro.

—Vamos, primo Aubry, dijo una voz sonora en la puerta; ¿estamos durmiendo todavía? ¡Por mi santo patrono! parece que aquí no madrugamos mucho.

Aubry se levantó con viveza.

—¡Meloir! exclamó.

—Entrad, entrad, señor caballero, dijo fray Bruno á su vez. Estas celdas no son muy grandes, pero para lo que en ellas se hace, son muy suficientes. Me acuerdo de que en el año 35, poco despues de mi llegada al monasterio, habia un prisionero que se llamaba Olivier Triquetaine, el cual era tan gordo, que costó mucho trabajo hacerle entrar por la puerta. En cuanto á salir, solo lo verificó en un ataud. Olivier Triquetaine era un compañero bastante alegre, y siempre decia que los sábados por la noche.....

—Cuando me saqueis de aquí, hermano, dijo Meloir despidiéndole, me contareis por el camino lo que decia Oliver Triquetaine los sábados por la noche.

—¡Bueno! dijo fray Bruno: no faltaré, pues os interesará, señor caballero.

Salió y cerró la puerta con tres vueltas.

—¡Señor caballero! gritó desde la parte de fuera de las tablas de roble, en el momento en que os plazca marcharos, llamad y no os impacienteis, que voy á maitines.

—¡Diablo! dijo Meloir volviéndose hácia Aubry, primo mio, tienes un carcelero de buen humor. ¿Y cómo estás desde que no nos vemos?

—Bien, replicó Aubry.

—La verdad es que no tienes todavía muy mala cara.

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—A saber de tí, y de paso, primo Aubry, á darte un apreton de mano.

Y al decir esto tendió la suya á Aubry, quien la rechazó.

—¡Oh! ¡oh! dijo Meloir, ¿sabes que es la mano de un caballero, primo mio?

—Me avergüenzo por la caballería.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué significa eso? exclamó Meloir, frunciendo el entrecejo terriblemente. Pero en seguida dió otra expresion á su fisonomía.

—Desde tiempo inmemorial, prosiguió diciendo, han tenido los prisioneros derecho de insolencia. No te violentes, primo, estas paredes de granito deben agriar un poco tu carácter. Por parte de los cautivos, los niños, y las mujeres, un caballero debe sufrirlo todo.

—¡Un caballero!.... repitió Aubry encogiéndose de hombros; ¡y se quejan de que se va la caballería! ¡Por Nuestra Señora! primo, si hay muchos hombres como tú que lleven espuelas de oro y corazon de villano.....

Meloir palideció.

—*He dicho corazon de villano*, repitió Aubry, cuya voz era serena y fria. Si tienes algo de alma todavía, vete, porque no tendré para tí sino palabras de desprecio.

—Pues bien, primo Aubry, dijo Meloir con sonrisa forzada, me decido á quedarme. Abrúmame á improperios; eso te aliviará, y yo rogaré á Dios que me tenga en cuenta esta humillacion, sobrellevada cristianamente, cuando se trate de sufrir la prueba grande..... ¡Qué diablo! añadió cambiando bruscamente de tono, ¿no puede hacerse la guerra y vivir como amigos durante la tregua? vamos, primo Aubry, deja á un lado tu lenguaje de Amadis, y hablemos como honrados parientes que somos.

Meloir habia recobrado su perfecto desembarazo.

—Ten en cuenta, primo Aubry, continuó diciendo alegremente, que venia en extremo cansado; he entrado en el convento para descansar, y el prior, como es razon, me ha ofrecido su mesa; pero yo he contestado: «Reverendo padre, teneis aquí á un hombre de armas jóven, que es primo mio, y á quien quiero como si fuese mi hermano; pero está prisionero; permitidme que vaya á verle.» Y entonces me hicieron bajar por una escalera larga y endiablada, y en vez de sentarme delante de un buen pastel de carne de venado, me sepultan en un agujero húmedo; y tú, para recompensarme, me llenas de injurias.

—No te habia pedido yo que vinieras.

—Es verdad. Pero..... ¿y si yo viniera á traerte buenas noticias?....

—Me disgustaria recibirlas de tí.

—¡Diablo! eso es decididamente odio.

—No, replicó Aubry sin conmoverse lo mas mínimo; solo es desprecio.

Meloir volvió á sentir un leve movimiento de cólera; fué el último. Se acostumbra uno á los insultos, como á todas las demás cosas.

—Ya sea odio ó desprecio, primo Aubry, dijo, me importa muy poco. He venido aquí á hablarte, y ¡por vida del diablo! que hemos de hacerlo. Préstame la mitad de tu asiento de paja.

Aubry no contestó. Meloir cogió un brazado de paja y lo echó en el extremo opuesto del calabozo.

—Asi, prosiguió, sentándose con la espalda apoyada en la roca, estaremos á gusto y no podremos mordernos.

Para sentarse se habia desabrochado el cinturon. Su espada estaba junto á él.